

Toda una vida

(novela)

Advertencia

El lector puede leer el texto en el orden propuesto o bien en el orden que él escoja. En este último caso, los párrafos pueden alternarse y/o repetirse si incluyen por lo menos el total de 84 números y letras que caracterizan a los tres personajes. La novela puede ser leída en voz alta por uno o tres individuos. No importa qué combinaciones se escojan, es posible que algún lector o grupo de lectores desee prolongar la lectura hasta el infinito.

A Mireya Folch

ELLA

1. Dicen que cuando se cumplió el plazo para que yo saliera del vientre de mi madre, primero apareció una de mis rodillas. Pero eso no es cierto. El dato es falso. La tibieza de las circunstancias no me permitió grabar el percance como si se hubiera tratado de una fotografía, pero puedo dar testimonio de que hice lo que estuvo de mi parte para asomar la cabeza, prevenir algún accidente fortuito, economizar alcaloides y darme a conocer sin perjuicios. Mi nacimiento excedió todos mis cálculos, no así los preparativos de mi madre: reaccioné lentamente ante los embates de la atmósfera, fenómeno que propició una exclamación anterior a mi vagido. Por tanto, hubo una voz anterior a la mía. Algo así como una frase sabia que se refería a mi probable incursión en la especie. O como la selección de las cualidades para una futura biografía. Sólo que mi madre, a pesar de su temperamento, no supo nada de esto porque estaba dormida.

2. No reparé en las manos que me recibían hasta que me hicieron un tenue daño en el abdomen. Se supone que el cordón umbilical se atoraba en la parte superior de la abertura y que era necesaria una manipulación más contundente. Esto no lo sé. De todas formas, me quedó la impresión de que nadie (mucho menos yo) tenía la culpa de todo lo que estaba ocurriendo.

Eran manos hábiles y lisas que manipulaban mi cuerpo a la perfección. No cesaban de deslizarse suavemente sobre la superficie de una piel que yo iba sintiendo más mía y más suya; eran manos completamente seguras de sí: interceptaban obstáculos, hacían fluido el proceso. Todo el acto era transformación: química en alquimia. No había peligro de que mi cuerpecillo, ya expuesto a la atmósfera, se despeñara por la cama o por el filo de esa mole dormida que era mi madre. Misteriosa sensación. Un ser bello y superior cuidaba a un tiempo de mi supervivencia y de mi trascendencia.

No, por cierto; no fue un recibimiento clandestino. Yo me desgañité lo más que pude. El edificio de la casa se asentó con uno solo de mis gritos.

Enternecí la contemplación doméstica de los vecinos, en las ventanas. El pueblo no tuvo que hacer, ante mi gritería, ningún esfuerzo para soportarme. Hermosa, ingenua hermandad: conformarse con poco. Y los vecinos comenzaron —según dicen— a reír de la graciosa algarabía.

Naturalmente, mi madre no se enteró, sino hasta muy entrada la noche, de que aquello que se le había escurrido por entre las piernas y, más tarde, por el borde del alma, era yo.

3. Tal vez porque sé de qué se trata, no me son simpáticas las manos frías de un hombre. No soy alguien especial: los cuerpos, al hacerse el amor, tardan cierto tiempo en acostumbrarse los unos a los otros; transcurre un lapso precioso antes de que las mañas, los paseos, la inventiva, hagan de las suyas en esa conjunción de universos separados, antes de que las ambas o múltiples entidades se desternillen, atomilladas, en el acoplamiento. Sólo muy pocos hombres saben de esta realidad y llegan al acto con la firmeza, la temperatura y la propensión suficientes para que la experiencia resulte placentera desde el principio. El papel que desempeñan unas manos tibias sobre mi cuerpo es fundamental. Los movimientos iniciales resultan soportables, pero nosotras (y ellos, tal vez) buscan la bella plenitud del orgasmo total. Las manos deben caer en el olvido mucho antes de la culminación. Por todo esto, es tan importante el papel que juegan las manos del partero. Desde el principio.

4. Cuando era aún muy pequeña alguien dijo tu nombre. Fue un susurro apenas. Tú fuiste siempre como el espejo fiel de un acto placentero y bochorroso, desligado totalmente del nombre de mi padre. (Por otra parte, poco faltó para que yo te identificara con él para toda mi vida.) Los primeros años fuiste en mí un sueño insistente que siempre regresaba a la viveza de mis ojos abiertos, por la noche, y a la imagen de la más feliz de las circunstancias, por el día. Todos mis parientes se referían a ti como a un ser extraordinario. El médico joven, el hacedor de acciones buenas, saludables. El incorruptible. El que habla mal de los opresores del pueblo.

Volviste más tarde, cuando mi madre, al charlar junto al fuego, me recordó los detalles de mi nacimiento. Ella sabía que iba a morir pronto. Habló de tus estudios y de tu fuerza, del vigor de tus conocimientos, de la altura de tu cuerpo y de la claridad de tus ojos. Parecía adivinar algo de la conjunción de nuestras vidas. Nunca, nadie, pudo describirte en esa forma: como una esencia, una flor, un rayo que rompe la tranquilidad interior de una chiquilla. Hubiera deseado tenerte en mi cama a los once años, cuando comencé a menstruar. O en el momento en el que, a los doce, me penetró el miembro de mi hermano por primera vez. El no era tan bello como tú, pero cerré los ojos y pensé que



aquellas maniobras eran tuyas, suscitadas desde lejos, descritas por tu boca desde lejos.

Tú abandonaste la casa de tus padres cuando ya eras mi amante. No llevabas ni báculo ni alforja ni morral. No te ibas para resolver una paradoja de la tradición. Sí porque recibías el llamamiento de una fe oculta o misteriosa. No traté de entenderla. Sencillamente, se reconoce la vocación del hombre por sus desplazamientos. ¿Qué más importante razón que ir de un lado a otro dejando tras de sí una huella invisible y gigantesca? Como un pueblo nómada. Ni las suscitaciones ni las cuentas de bancos de viajeros ni la imposterable necesidad son comparables al deseo de realizar hasta el fondo una vocación. Por eso yo creé la mía. Por eso volveremos a vernos, a tocarnos, a amarnos. Seguirás recorriendo el camino que me sé de memoria: la satisfacción de los deseos te convierte en un ser feliz. Y la felicidad en ocasiones llega a ser la mejor muestra de una inteligencia insoportable para los demás, espontánea y natural para sí misma. ¿Me escuchas? Hay sabiduría en todo esto. En ti y en mí. Volveremos a vernos, a tocarnos, a amarnos. No es necesario seguir hablando de ello.

5. ¿Cuál es tu imagen de una puta total? Quiero que me lo digas sin pensar en tu madre.



Al despertar, tu rostro estaba vencido. Te descubrí intentando una fuga, pero mi cuerpo se contrajo ante un nuevo contacto y eso bastó para sacudir tu miedo definitivamente. Desde entonces desafías a todo el mundo a que te digan la verdad: en verdad, una mujer padece por la sangre, pero hace padecer de una manera absoluta a los que no miden los límites de su entereza. Por la misma vía, el mismo conducto, la mujer siempre realiza distintas situaciones.

Ahora permanezco abierta de piernas, soña, al acecho de la noche. No puedo adivinar cuándo volveré a verte.

6. Fornido, tu miembro me habita. Después de hacer el amor, su tamaño se ha reducido y aún me pertenece. Arte, magia. Tú no lo sabes —es mi dominio. Me perteneces gracias a una sensación, a algo que no tiene consistencia. Me prolongo en tu satisfacción sólo porque el falo sabe recordar. Y quiere recordar. Es así como se prolonga el deseo en el silencio. Por eso sonreímos, sonreiremos siempre aunque tú no me penetres ahora y sea el miembro de otro lo que aprisiono entre las piernas.

7. “Yo soy el ave; tú, la rama del árbol”, dijiste. ¿Acaso lo has olvidado? Me señalaste el destino, tu obsesión: permaneceré siendo rama de mil aves parecidas a ti. ¿A cuántos hombres he convencido ya de mi consistencia vegetal? ¿Quién se atreverá, como yo lo hago, a revelar la naturaleza de su cuerpo? Y hay algo más que te hará feliz: les descubro el futuro, la necesidad del cambio, la trascendencia del pueblo. “La puta revolucionaria”, me dicen. En la región todos me conocen por ese nombre y yo me adjudico una singular, diabólica personalidad que se disuelve en el recuerdo de ti. Mis hermanos murieron a causa de la peste y a nadie pueden avergonzar mis andanzas por el pueblo. Todos piensan que pierdo el tiempo al conversar una vez terminada la experiencia. No saben que eres tú quien se dirige a ellos, desde lejos, para sumirlos en la duda, en el insomnio. Tarde o temprano entenderán.

8. Si supiera cantar, elegiría tu nombre. No me canso de fornicar en tu nombre, lo cual hace a mis silencios más rudos e insoportables para los demás. ¿Quién podrá decirme algún día: “Yo soy tu acompañante”? ¿Quién se atreverá a buscar tu misterio en el interior de mi sexo, en la caja guardada, al cuidado del ojo de mi ombligo?

9. Al moverse encima de mi cuerpo, los hombres comienzan a sudar. Soplan y resoplan; algunos vociferan. Otros gimen en voz baja, como gatos o señoritas asediadas por el escozor de una verga. Otros, más tranquilos, parecen no salir nunca de su



mundo. Yo sueño con la totalidad. ¡Qué fuerza la de tu cuerpo! ¡Qué habilidad de tus manos! ¡Qué fortaleza la de tu estirpe! Sin cerrar los ojos te miro en cada sombra y te escucho en cada silencio. Por eso no hay detalles, nombres, olores. Todo eres tú.

10. Ahora no estás aquí y me cuentas tu vida. Han sabido de ti por los periódicos franceses. Y me lo han dicho. Yo te cuento mi propia vida. No tengas miedo. La angustia es energía hacia mí. Te hice llegar noticias mías porque la soledad es, desde lejos, tristeza. Prefiero saber que sonríes al tocarte el bulto del sexo, lleno de tristeza. Déjame abrir los ojos de nuevo, mirar a mi acompañante y hacerlo exclamar "Estás llena, ahíta" cuando sólo sé que yo pienso que piensas en mí.

11. El sueño es una ortiga. Prefiero dormir de un tirón o pasar la noche en claro. El sonido de tu respiración es un mensaje que se padece como la marea. A veces, sin despertarme del todo, siento cómo se ilumina y humedece mi sexo al contacto con tu imagen. (El clima de la región ayuda.) Entonces, como ahora lo hago, me levanto a comer algo: un pedazo de pan, queso, dos o tres aceitunas.



12. Aquí los hombres ven puras mentiras. Creen tocar el confín de la Tierra, de sus propias escarchas y yerbas. Pero no hay nada. Mi carne eres tú y tú lo sabes perfectamente. (Guardo un libro de notas que te entregaré cuando regreses.)

13. Por varias noches, mi compañera de cuarto ha sido un hombre. Le he preguntado con insistencia de dónde procede su desconcierto ante los sexos. Me ha dicho: "¿Acaso no has conocido tú seres extraordinarios?" Te recordé. Tuve que convencerme de que eres real, de que te hallas en ese lugar preciso de la Tierra, entre el lodo y la muerte. Entonces quise saber más y volví a inquirirlo: "¿De dónde proviene tu inclinación por el falo?" Y él dijo: "No te gusta cómo lo hago? ¿Te hace falta algo?" Tuve que reconocer que me sentía satisfecha, curiosa, incluso acompañada. Ya había olvidado lo que es sentirse precisamente penetrada. Entonces me hice acreedora a que me contara su dulce historia de amor. Un amor imposible por un ser, por un hombre extraordinario. Y dudé de mí misma: ¿acaso no soy única en este mundo por amar al único ser extraordinario del mundo? Lo otro era un sueño, una mentira. Aburrimiento. Lo despedí al día siguiente. Cuando comprendí.

14. Sé que terminarás con esta guerra para venir a hacerla aquí, definitivamente.

15. Hoy no hay nadie en mi cuarto y deseo decirte tantas cosas. Lavé mi ropa interior de seda y volví a guardarla. Sólo la uso las noches en que sé que estaré sola, pensando en ti. Cómo quisiera saber decirte las cosas cuando las escribo. Las cartas son más que yo. Entiendo por qué hay hombres que dedican todas las horas del día, todos los días de su vida, a escribir. De pronto, cuando ya se había ido la carta, como una ráfaga pensé que ni tú ni yo existimos.

16. No sabes cuánto puedo amarte por darme el privilegio de aprovecharme de ti. Vivir no es fácil. Una mujer como yo se ve obligada a olvidarse de cualquier tipo de anécdota porque sabe que la costumbre de la vida diaria puede convertirse en cuchillo. Tú sí sabes decir —y escribir— mi nombre. Sabes hacerme existir porque no te hallas a mi lado. De noche vuelvo a pensar en tus manos y siento temor por la enorme realidad que representan. ¿Comprendes? Soy en ti porque tú me has creado: tu mente me mira como soy, como debo ser.

17. Hoy fui con mis amigas al cine. Después paseamos por la calle central. En algún momento (las risas crecían a mi alrededor) quise gritar tu nombre, pero me contuve. Entonces la más joven y bella de mis amigas (al verla me recordaría, me verías tal como yo era cuando te fuiste) me miró a los ojos y me acarició el pelo.



18. El médico del pueblo es un viejo que llegó cuando tú ya te habías ido. Desencantado, me visita una vez por mes. Sabe que en mi pequeño cuarto encontrará siempre un anfora llena de sidra. Charla incesantemente y entre sorbo y sorbo lía o aparenta liar un cigarro de tabaco negro. Insiste en preguntar sobre mi estado de ánimo aunque se refiera a otra cosa. Observa las botellas sobre la mesilla de noche: alcohol, violeta genciana; nunca faltan el jabón y la toalla. Al despedirse me besa la frente y se lleva la certeza de que soy invulnerable. Por ti soy invulnerable.

19. Ante la mirada atónita de un cargador de los muelles, me he peinado y peinado y peinado hasta que él se cansó de contemplarme. En silencio colocó una moneda sobre mi cabeza y salió de mi cuarto sin hacer ruido.

20. Tu silencio me ha atosigado por varios días. Pero yo sé que me escuchas. A lo largo y a lo ancho de los días me parece percibir un ligero mensaje, un lamento interior y lejano. Las apariencias no me engañan. Sé quedarme estática, silenciosa, sentada al borde de la fuente del pueblo. Entonces se acerca una mujer madura que ha aprendido a besarme las manos y los brazos. Ella parece estar hecha de palabras desconocidas, de palabras que no son ni tuyas ni mías y que sin embargo yo entiendo a la perfección. Un idioma extranjero. Ella me mira y sonrío como si contara nuestra historia.

21. Sé lo que te ocurre porque te sueño. A veces me cuesta trabajo descifrar las imágenes, desprender las enseñanzas. Pero lo logro cuando me concentro y repito tu nombre. Entonces evoco o recuerdo el movimiento de tus manos. Hay mil manos (y mil miembros) en mi biografía, pero tus manos (y tu miembro) no se caen a pedazos en mis manos. Parecen señalar algo, decir algo. Tal vez mi nombre o mi rostro. Hay ciertos pensamientos llenos de intensidad que describen tu cuerpo, su situación en el mundo. Entonces fijo la lista de tus cualidades en mis propias manos y se borran los años, la espera y los miles de rostros y palabras esparcidos por mi cuerpo y mis ojos. Tal vez esta capacidad sea un rito y este rito una enfermedad. Tal vez crea la gente que se llama locura. Yo sé de qué se trata.

22. A un reciente viajero del pueblo le ha dado por visitarme todas las noches. Es un hombre bueno. Lleva la barba crecida de varias semanas y sólo me cuenta de él cuando yo le hablo de ti. Cree adivinarme en tu nombre, en tu historia, en los datos que yo he dejado caer en los pocos momentos de violencia que hemos experimentado juntos. Cuando me habla, usa palabras extrañas pero justas: desea explicarme, sobre todas las cosas, la realidad de las cosas. Me gusta hablar con él porque siento

confianza para hablar de ti. Es una sensación nueva. ¿Cómo decírtelo? Algo así como el anuncio de algo definitivo. (Ojalá hayas recibido mi vieja carta de hace meses.)

23. Hace dos días sucedió lo inevitable: me cansé de escucharlo. Por primera vez en mi vida pensé que de alguna manera desconocida te estaba siendo infiel. ¡Qué horror sentí al desvanecerme, justo al permanecer asida a la imagen de aquella taberna de mala muerte! Con todo, al comprender qué medios habían utilizado aquellos tres marineros para llevarme a su habitación, pensé que eso era mejor que quedar al acecho de ese extranjero que gusta de hacer preguntas. Todo hubiera sido mejor si no hubiese creído verte en medio de la calle, con tu bolsa de viaje colgándote de la espalda, reconociendo el pueblo, las calles, olfateando la brisa. Entonces quise dormirme para despertar vacía.

24. Es mi vientre el que me entrega el anuncio. Has llegado. Me reconoces. El sol está distinto. Una comarca inextinguible.

25. ¿De qué sirve haber esperado tanto tiempo si todo se vuelve tan luminoso de pronto y pierdo la noción del tiempo y de la vida?

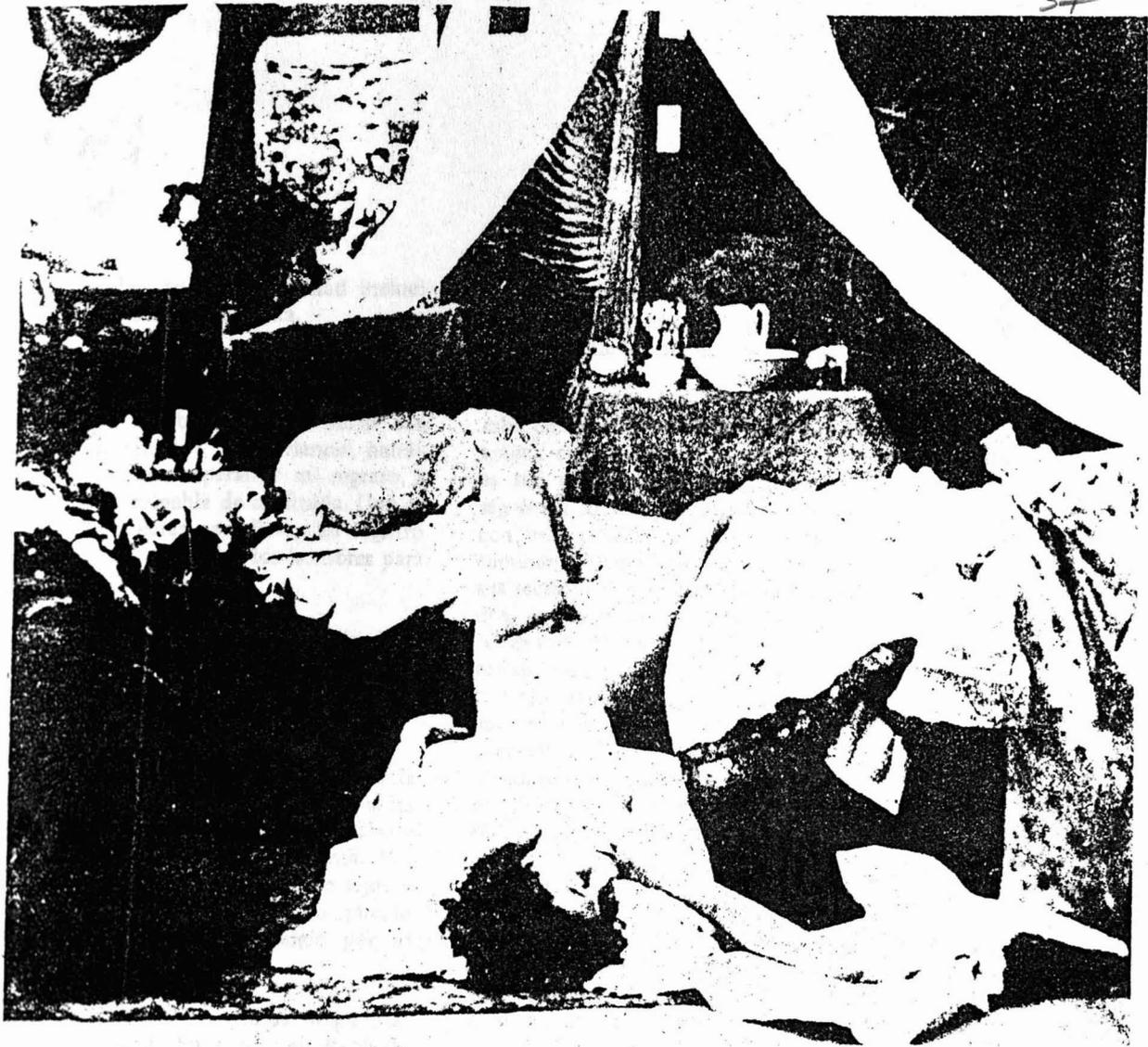
26. Quisiera seguir vagando sin rumbo por las calles. Tú lo haces como si fuese lo más natural del mundo. Vagar con un sola idea en la cabeza, con toda la locura de que una es capaz representada en una letra, un número o qué sé yo. Pero yo insisto en entender cuál es el siguiente paso, el nuevo nacimiento, las frases, las caricias que ahora nos convienen. Y sólo cuando te miro a los ojos (pareces no escuchar lo que te digo) rezo la clave. La clave es algo que se parece a la muerte. Y es rudo hacerse, abrazarse a esta certeza.

27. El encuentro debe realizarse en el muelle. Ese sitio ha sido el lugar de la cita desde que te fuiste. Allí he de mirarte nuevamente. Lo demás correrá por mi cuenta aunque no quieras, aunque no te guste, aunque no entiendas. Mientras tú realizabas todas las acciones, todas las empresas del universo, yo descubría todos los enigmas del mundo.

28. Qué bella esta terrible espera.

EL

I. Descubro que la vida ha sido una rampa dispuesta hacia ti. ¿Qué de mal hubo en la acción de vivir durante tanto tiempo sin saber que tú guiabas mis pasos? Ninguno. Me siento liberado de tus fuerzas aunque tus fuerzas sigan hostigando aquello que llaman destino, mi destino.



II. Aquí, el punto en donde no hay palabras posibles. O, más bien, la concentración de todos mis deseos de verte y tocarte y virte de nueva cuenta. Por eso invento este pequeño diálogo que siempre resultará inconcluso. Por eso invoco una aventura sobradamente parcial. A mí me ha tocado siempre la mejor parte de la existencia. A ti, lo mejor de mi vida.

III. Según me han hecho saber las malas lenguas, antes de que yo llegara tuvieron que acondicionar una cama de hospital en el lecho de tu madre. Eran pocas las esperanzas de que sobrevivieras al parto, pues el cordón se te había enredado entre las piernas y el pecho; creían que se te había roto la mollera. Ninguna precaución (pobres medidas de la gente pobre) salía sobrando para satisfacer ese temor tan dulce y tan sencillo. Las ventanas tapadas con cobijas negras para que la luz no fuera a herirte; la pequeñez de la alcoba impregnada del vapor de una agua hervida entre carbones; el cuchicheo, el respeto por ese diminuto ser que tú eras y al cual, sin conocer, la gente ya le guardaba consideraciones (las primeras de una madre que se negó a caminar desde los tres meses de embarazo para garantizar tu estancia más cómoda en una cámara debilitada por los dolores y la fiebre).

Pero lo mejor de los servicios otorgados provino

del joven misionero de la localidad. Era yo. Hube de aprender con rapidez inaudita los secretos de la atención médica ya que por el pueblo había corrido la voz de la inminencia de tu peligroso nacimiento. Sabedor de la autoridad moral de la matrona que iba a dar a luz, me obligué a la lectura (amparado por la luz de una vela de sebo) de aquellos libros empolvados que mi padre (fallecido durante la batalla de Sedán) había guardado en un arcón.

No sé si fue la fama de que tu madre acabaría por acabarse a los que, sin respeto, se negaran a aportar lo necesario para tu supervivencia, pero lo cierto es que este joven rubio se acabó los ojos estudiando los mil pormenores ginecológicos de tu arribo; y ofreció (y entregó) sus velludas manos para ser el primero en colocártelas encima. Tal vez fue esta sensación la que acabó por obsesionarme.

IV. Me preguntaste cuál era mi imagen de una puta total. Estuve tentado a decirte que no existía una mujer así, que jamás había existido, que no había sido concebida hasta la fecha. Pero entendí que estabas tan contenta de considerarte el símbolo supremo de las acciones de los cuerpos, que sólo pude contestarte: "Un cirio reducido a la mitad, tan radiante que alcanza a iluminar el universo; un cirio que, encerrado en tu vientre, irradia luz hasta tus ojos; una luz tan potente que hace que los ojos de



los hombres se pierdan en una oscuridad ineludible." Todo a través de tus ojos de niña.

V. Fui infeliz desde que salí de tu aldea. Más tarde las zozobras aumentaron desmedidamente. Lejos de tu isla, ¿qué ventajas se obtienen al acostarse con todas las mujeres del mundo? ¿Experiencia, habilidad, sabiduría? Tu seguías esperandó mi regreso, a pesar de que tú eras la culpable de mi huida. Uno se acuesta con muchas mujeres para llevar un registro secreto. Tú te acostabas con todos los hombres para saber que no podías olvidarme.

VI. Me dañaste el alma y yo te salvé la vida. Pero no podía tolerar que mis mujeres se rieran de tus pequeños senos, de tu enorme niñez. Sabían, sin embargo, que podías matarlas, matarme.

VII. Revelación: al cabo de quince años eras la mujer más bella de la isla. Te confundías con las rocas y la libertad. El pueblo te quedaba estrecho y te acercabas al mar para avistar el horizonte. Yo, que te di la hermosura, te observaba desde lejos y adivinaba que algún día abandonarías el pueblo pensando en mí. Sabía de tu nostalgia por lo desconocido.

VIII. La Guerra del 14 me llevó lejos. Aspirante, primero; después miliciano. Supe que en Rusia la lucha cambiaba los signos del pueblo. Entonces pensé en ti. ¿Qué se haría aquella criatura que me visitaba en mi casa y que se acostaba conmigo como si supiera lo que es amar? ¿Por qué creo hablar con ella todo el tiempo? Todos los recuerdos brotaban a un tiempo: tus piernas largas y delgadas, tus labios, tus pezones en mi boca. Hubiera querido decírselo a alguien, pero en aquellos días siempre nos preguntábamos de qué servía ser, vivir o haber vivido. Todo parecía venirse abajo, sucumbir, extinguirse. ¿Quiénes iban a salir vivos de aquel infierno? Yo curaba heridos y me limpiaba la frente a la mitad de las amputaciones. Pensaba que tal vez nada de aquella miserable situación te haría cambiar. Los heridos me veían sonreír. Murmuraban, protestaban. Volvían a mirarme. Entonces me calificaban de cínico.

IX. Me pesan tanto mis muertos como a ti los sencillos coitos que le has propuesto a muchos sin experimentar placer. No obstante, ahora descanso pensando en ti: te fue revelado el secreto. El amor se cuela en los disfraces, en frotamientos, en las exuberantes tentaciones de tu oficio. El amor y mi nombre. Mientras tanto, mientras te encuentro otra vez, me conformo con las súplicas y las piruetas de mi ayudante, con el extrañamiento en los ojos claros de un joven oficial, con el calorillo de la tienda bajo el sol de Yugoslavia. Cuando llegamos al villorrio volví a buscarte por las calles estrechas.

Bebí más de la cuenta para convencerme de que te hallabas lejos, allá, y de que no había más remedio que rascarme la cabeza y quedarme callado.

X. Por las noches me encaramo en las rocas. Nadie sabe en quién pienso. Miro el mar como si fuera un amigo, como si te fuera a decir las cosas. El mundo es tan violento... No sé qué aferra a la gente a seguir en lo mismo: la especie, los tratados, el celo con que guardan sus propiedades. En Esmirna vi caminar mujeres que, como tú, se llamaban como sus secretos. Un misterio detrás de sus ojos aceitunados, al filo de sus pestañas negrísimas. Me excitaba la idea de buscarte, de convertirte en mi guardaespaldas, de sacudirte, penetrarte y hacerte entender este río revuelto. En las ciudades grandes del mundo hay mujeres que buscan con avidez a los hombres; duermen con ellos. Después, al amanecer, se quedan silenciosas pensando en alguien. Ellos no llegan a percibirlo. Tú lo hacías de niña, antes de sonreírme. Por eso te cuento mi vida.

XI. Qué extraña sensación sentirse uno convertido en monstruo. Sin embargo, hay fortaleza. Pienso en ti. Algún día nos miraremos en silencio y lo haremos sin aspavientos, hasta que tu boca y mi boca sepan decir las palabras. Entonces sabremos pensar las palabras. Pensar para decirlas. Y luego podremos decidir.

XII. Sólo un extraño padecimiento: el amor absoluto. ¿Recuerdas? Me pariste al tiempo que te poseía. (Yo jamás podré jactarme de cosa parecida.)

XIII. El recuerdo de ti me hace más joven. El ideal de ti me hace hombre. Tu imagen me hace sabio. Ahora eres también el cambio de día en noche, de noche en vida. Fumo, aislado, bajo un árbol negro.

XIV. La sacudida es infinita. Parece que jamás habrá de terminar, que las hojas de los árboles no brotarán más. Detrás de los ojos de los soldados percibo una sabia desesperación: ¿sobreviviremos? Algunos, sin mirar que los miran, se masturban. Otros duermen plácidamente, como si nada alrededor nuestro tuviera vida. Otros intentan explicaciones en los otros. Sin embargo, nadie comprende lo que yo sé: que uno puede huir de uno mismo, pero no de ti. Te amo, siempre, tuyo.

XV. De nuevo contemplo los barrotes blancos de una cama de hospital. Pero esta vez me hallo postrado y nuevamente me imagino que vendrás a visitarme por la noche. Sin embargo, todo queda en el letargo del somnífero. (La herida es en la espalda, pero pronto quedará restablecido.)

XVI. Hoy, frente al espejo, descubrí de nueva cuenta mis primeras canas: se encuentran aisladas, en la



patilla y el bigote. Surgieron de improviso. Sentí miedo. Miedo por ti. Aquí nada sucede.

XVII. Vuelvo al campo de batalla. Hasta matar llega a hacerse una acción aburrida porque es parcial. No hay ninguna significación en este acto que repito día y noche pensando siempre que el círculo debe cerrarse de alguna manera, que todos los trozos de mi existencia deben juntarse en un solo tronco que se halla en tu cuerpo, que es tu cuerpo.

XVIII. Me ofrecí como voluntario para juntar cadáveres, miembros y restos; los quemamos en hogueras especiales. Me llegan a interesar los pedazos informes de gente que fue y ya no es. ¿Soy, yo, acaso? Pienso en ti. Como un clavo. Como una tenaza en la médula. Como un ardor en la rodilla. (Sé que sonrías.)

XIX. Suenan ridículo y distante pensar en uno mismo cuando se sabe de tu existencia. (¿Aún llevas el pelo larguísimo, hasta la cintura?)

XX. Al fin hoy pude saber que sí es posible enviarte cartas. Un acto inútil, si se considera que esta guerra parece no terminarse jamás.



XXI. Te siento fiel a mi cuerpo. Todos los hombres con los que te has acostado han sido sueños de mi propio miembro.

XXII. Anoche maté a un hombre. Era fuerte, barbado, rojo. Lo encontré en la taberna del pueblo y miraba con la intensidad de tus ojos. Pensé que lo conocías. En algún momento, el movimiento de sus labios parecía balbucear tu nombre. No sé por qué. Cuando se levantó, firme sobre sus gruesas piernas, yo me incorporé y comencé a seguirlo, por las callejuelas. En un recodo lo alcancé. Sonrió, pensando que pensaba en él o en la tierra que dejó hace tiempo. Quedó allí, con tu imagen clavada en unos ojos rojos y abiertos.

XXIII. No duermo pensando en las líneas que escribiste. Quise contestar la carta, pero prefiero imaginarme que esperas, despierta, mi regreso. De otra manera jamás me hubieras puesto sobre tus huellas.

XXIV. Me he olvidado de todo. Ahora, cuando no peleo en el frente, pienso en ti. A veces me olvido de tu existencia pero cualquier detalle, cualquier movimiento de la yerba, la leve brisa, me conducen a ti. Creo que ríes por la noche. Y se me enciende el alma. Tal vez me he vuelto niño.

XXV. ¿De qué sirve ser pobre, ser hombre, saber las cosas? Tú eres el hilo de mis pensamientos, la estructura de mi mente. Mi memoria. No te lo perdonaré nunca.

XXVI. Te siento hechizada por algo, por alguien, mientras meto en la bolsa la pobre ropa que me queda. El barco no es de mi agrado, pero es lo suficientemente rápido como para no alejarme de tus alucinaciones. ¿O son las mías?

XXVII. No reconozco el pueblo, ni la gente que camina lentamente por unas calles oscuras a pesar de la hora. No reconozco a nadie hasta que te veo sola, en el muelle, buscándome. Entonces me miras hacia el centro de los ojos, me llevas de la mano hasta tu cuarto, me desvestes como a un niño, me conviertes en núcleo, esencia, pez. Después salgo a caminar solo (¿varias horas, muchos días, un solo minuto?) y me doy cuenta de que no he salido nunca de tu vientre ni de ese pueblo (ahora lleva tu nombre) ni de esa sombra de mi cuerpo que he visto en todas partes. Entonces lloro como un niño (son las afueras del pueblo), me contemplo las manos y decido recuperarme en ti, en tu cuerpo. Camino lentamente de nuevo por las calles desconocidas que me conducen al paraje de todos mis conocimientos posibles.

XXVIII. No hay máscara más incierta que los años ni sabor más amargo y más dulce que tu amor. Ahora lo sé. Definitivamente.



EL ESCRITOR

A. En el cuerpo de una mujer, nos movemos como en una calle sin nombre. Inútil que busquemos ubicación, que nos desvelemos por entender el impulso de nuestra búsqueda y que intentemos explicarnos la geografía de ese cuerpo: evocaremos nuestro propio misterio de hombres, nuestra incógnita de *ser* hombres y *vivir* como hombres. Pues somos hombres gracias a ese recorrido que una y otra vez, desde antes de *ser*, hasta después de serlo, realizamos por/hacia el cuerpo de la mujer. Y ya dueños de la razón, nuestro peregrinaje por el único reino que no nos pertenece nos lleva a reconocernos en nuestro ser (darle un nombre y función específicos a nuestro sexo) y descubrir que el punto inicial de nuestro destino, la Tierra, pertenece por partes iguales a las dos partes del género femenino: la mujer y la tierra. Este espacio en el que nos movemos (círculo, circunferencia, límites redondos, sexo femenino, vientre, vagina) es el único capaz de darnos un ser y un nombre y un destino y asimismo el único que nos libera, cuando lo recorremos, de la Nada: la necesareidad del trayecto nos ha otorgado el ser. Esta certeza nos abre un destino todavía más amplio y luminoso: el Cosmos.

B. La mujer puede ser exquisitamente silenciosa cuando se lo propone, pero ésta no es sino su naturaleza anti-retórica por excelencia. En ella jamás perdura la propensión al hastío, lo cual no ha dejado de tener cierto tipo de consecuencias en la historia de la humanidad. (Por ejemplo, adjudicarle a la mujer la única posible expresión de la sensualidad. O la única inclinación válida por el melodrama). En realidad, lo que hace a la mujer diferente del hombre es su capacidad de dar a luz a esos seres que pronto se convierten en hijos. Los de ella. Nada más.

C. Una mujer se enfrenta a la realidad de su sexo como una gran actriz o una famosa bailarina a la decrepitud de su capacidad física y a la desintegración de la organizada biología de su cuerpo. Hay sabiduría en este tipo de experiencias. La cultura ha dado al hombre armas, inventiva, condicionamiento, incluso capacidad de sustitución. Para él, ningún extremo ha resultado aberrante. Sin embargo, la mujer ha quedado a la expectativa de fórmulas y soluciones. Muda, estática, ha obedecido por siglos a la sumisión artificial que le fue impuesta desde el surgimiento de la pareja como expresión básica de la sociedad. Ella lucha, luchará hasta el último momento. Por eso ella siempre sabrá más que nosotros.

D. Al penetrar, el miembro tantea la oscuridad y el vacío. Las corrientes ocultas, la humedad, el calor ancestral lo sujetan hasta que, consciente de su nueva sensibilidad, de sus poros abiertos —primero— e identificados —después—, se entrega al medio ambiente. Es cuando ocurre la verdadera, única

unión de atmósferas y regocijo; entonces ambas carnes se hacen una.

E. El pene dentro del recipiente femenino se hace monstruo: con un solo ojo intenta descubrir todos los misterios del origen. Son estas solicitudes las que inician el ciclo de la vida, ya que desvalido, sin lograr entender la experiencia, por la mirada del "ojo" se desparrama el ingrediente del nuevo ser.

F. Placer. El más amplio de los coitos en la más estrecha de las vaginas.

G. Los hombres deben comprender que como es evidente en ciertas naturalezas excepcionales o extravagantes, la región anal del cuerpo masculino sufre espasmos al sobrevenir la eyaculación. Y que el hombre también sufre de orgasmos frustrados.

H. Las mujeres pueden volverse ligeras, aladas en la práctica del amor sexual. El hombre, aun el más delgado y bailarín de los hombres, no poseerá las facilidades de la fluidez y la humedad. Por eso, lo que quieren los homo y bisexuales es aprender a volar.

I. La mujer alcanza la inteligencia a través del misterio. Como llovizna, los pensamientos se desprenden secretamente de su cabeza y se diseminan por el pecho, el abdomen, las piernas. Para la mujer, pensar es una labor secreta y noble. La mujer, secreta: jamás dice que sabe, qué sabe. Sus palabras, sus frases, pueden resultar obvias (sobre todo para la esquemática reflexión de los hombres), pero sus pensamientos le guardan fidelidad al silencio. Se alimentan de él, se auto-alimentan. El de la mujer es un mundo de pensamientos-sensaciones que abrevan en el misterio y se adhieren al misterio. ¿Cuál de los hombres más inteligentes ha llegado a ser tan inteligente como una mujer inteligente? En eso consiste el misterio.

J. La sangre desgastada de la menstruación, el nido que se extingue, indica un fenómeno incandescente: como un aviso luminoso, desciende hasta las piernas. A los ojos innobles de los seres humanos éste es un proceso terrorífico: sobreviene materialmente lo que no es y pudo ser. Cama mullida, cuna que explotó, circunstancia que falla y se extingue. Y aun eso, ¿quién lo duda?, implica vida. ¿Quién, como la mujer, puede rechazar a voluntad el embrión de la vida?

K. Todas nuestras amantes, si aprendemos a entenderlas y a amarlas, se convierten en madres primigenias.

L. ¡Ay de aquellos que menosprecian la sabiduría de los homosexuales! No saben que este tipo de seres son los llamados a poseer las únicas armas precisas para dominar profundamente a las mujeres



y convertirlas en amigas, en compañeras, en hermanas. Las cualidades del homosexual son: experiencia, mirada de gato, gusto avivado por la espera y la imaginación, conocimiento y experiencia de los imposibles, profundas desvalidez y soledad, oposición y lucha contra lo establecido y lo convencional, búsqueda de la melancólica espera. ¿Quién podrá ofrecerle a la mujer —ser por definición completo y capaz— tantas posibilidades de placer, combinaciones de gusto, esfuerzos y avances? No los hombres comunes y corrientes, que se desviven por sojuzgar lo insojuzgable; que aman la obviedad, la repetición, el amor esquemático. No las lesbianas multitudinarias, que desfallecen definitivamente ante la pérdida de un rol de exquisitez, trascendente. Sólo ellos, los homosexuales, poseedores de dos universos contrastantes y complementarios, definitivos, pueden, podrán algún día ponerse a la altura, al nivel de la mujer: cuando se conviertan en seres poseedores de dos sexos.

M. Sólo una experiencia puede perturbar el amor que un hombre siente por una mujer: el amor por otro hombre.

N. El salto cualitativo sobreviene *dentro* de la mujer: el cuerpo se convierte en amor. No sólo es

recipiente de semen: el cuerpo de la mujer excreta ternura una vez terminado el acto. ¿Qué hombre puede jactarse de lo mismo, siempre?

Ñ. La experiencia quiere mostrarnos desproporción donde existe armonía. La mujer es igual a nosotros, sólo que manipula disciplinas, aprendizajes secretos que nosotros le hemos encomendado a lo largo de los siglos. La historia prescinde de la mujer porque no hay crónica o registro que le haga justicia. Pero todo ello es un soberano error de las prácticas sexuales. Algún día la mujer pondrá las cosas en su sitio. Los cuerpos en su sitio.

O. La mujer, inmersa en su misterio, elabora. Recaba vida, datos, elementos que transforma en el interior de su seno. Una computadora resulta frágil e incapaz comparada con una mujer. (¿O es la mujer inventora y antecedente de tan fantástico aparato?) En el centro del vientre de una mujer se encuentra situado el centro del universo. Giramos en torno de él. Somos la materia prima de sus sabias elaboraciones.

P. Las acciones de las mujeres *con* las mujeres son distintas que *con* los hombres. Entre ellas, la solidaridad es un pacto momentáneo, práctico, operativo. Termina como comenzó: mediante un acuerdo implícito. El hombre, por buscar siempre a la Madre Primigenia, intenta siempre la trascendencia absoluta en cada amistad, en cada acuerdo, mientras que ellas, con una mirada, saben de las relaciones profundas y a la vez efímeras de la especie humana.

Q. Las mujeres no tienen vicios porque no los necesitan. Su noción de la realidad es tan sabia como sus acciones. Aunque sepan de antemano qué habrá de ocurrirles.

R. Todo el mundo admira a una mujer bella, pero nadie puede ver con naturalidad a un hombre bello. Estas perturbaciones que padece la gente se inician en la adolescencia, cuando la espontánea mirada de la niñez adquiere algunos vicios que se vuelven imperfecciones. Aún así, la salud puede regresar y depositarse en los ojos de todos los seres humanos. Llevará tiempo, pero sucederá.

S. Se ama a las mujeres porque ellas, a diferencia de los hombres, manejan su bisexualidad de una manera perfecta.

T. En las mujeres no hay goce indeciso ni tanteo. En sus cuerpos radica la sabiduría que sólo otorga la seguridad. Cuando saben, saben que saben. Definitivamente.

U. Cuando el miembro masculino penetra en el espacio vaginal, el universo interior se convierte en





un mecanismo cuyas fuerzas y energías atienden por completo la posibilidad del espasmo. Mientras el miembro viril busca fundamentalmente su propio placer, su propia culminación, todo el sistema femenino parece condicionarse a buscar la felicidad compartida: dos orgasmos simultáneos. El órgano del hombre no tiene conciencia de sí, ya que busca el propio placer sin el conocimiento de *lo otro* sabiéndose vivo, existente; sabiéndose a sí mismo. El sistema-fenómeno da lugar a la capacidad de conciencia, pues se sabe elemento vivo: tiene conocimiento de su yo y simultáneamente de *lo otro*. (Resulta una mentira que el espacio femenino desee apresar el pene para hacerse de él y destruirlo. Lo seduce y lo requiere para transmitirle este conocimiento del yo al través del conocimiento de *lo otro*. Lo requiere para conducirlo hacia el espasmo, apretándolo y dejándolo moverse al mismo tiempo, acariciándolo. Toda su capacidad de conciencia—consciousness—conduce un, el placer.)

V. Después de creer que sabemos todo acerca de la mujer nos sorprende una nueva incógnita, un elemento inesperado. Eva aparece, se hace clara, tangible, vivible. Pero en algún recodo del camino lanza una carcajada y se precipita en la incompreensión. En un momento queda cubierta de misterio. ¿Quién es esta mujer? ¿De dónde vino? ¿Por qué me permitió vivir con ella, para ella durante un tiempo que se me antoja prolongado? Días y noches enteros me platicó de su niñez, de su pueblo en la isla del Mar Egeo, de sus correrías de adolescente y de ese amor que jamás pudo olvidar. Caí en la trampa. Parecía entregarme toda su vida al través de unas cuantas palabras, por medio de narraciones tiernas e intrascendentes.

Hace dos noches que no la encuentro. A ella todo puede sucederle: quedar embarazada, convertirse en ladrona, emigrar hacia los mares del sur, improvisarse un nuevo vestido. Pero tanto me ha hablado de su vida que presiento una hecatombe, un raro viaje en el seguimiento de estos días que se cargan de amor, de necesidad de olvido. Realmente, la mujer es un saco de sensaciones sin fondo, un creer y no creer, una satisfacción siempre perseguida, siempre encontrada, siempre ansiada. ¿Dónde habrá permanecido dos días y dos noches seguidas?

W. Hoy la descubrí nuevamente. Vagaba por los muelles con la vista fija en el vacío. La llevé a un café, pedí un poco de anís, saqué mi cuaderno de apuntes y le pedí que me explicara. "Ha regresado", dijo. "Mi médico, mi partero, mi padre, mi hermano. Parece un ser extraño que he conocido todo el tiempo. Parezco un ser que no fui sino en su memoria."

Yo apunto con avidez lo que ella dice, observo su mirada distante, su nueva imprecisión y, en el fondo, su enorme dicha. Pero hay algo que no llevo

a comprender. Le pregunto por qué vaga loca, catatónica, entre los marineros. Me contesta que se ha acostado con varios de ellos porque en ellos parece mirar al que recién ha llegado. Apunto. Afirma que desea alejarse un poco del recién llegado porque siente un escozor por dentro de ella, en el abdomen, en el sexo.

Le pregunto por qué se alejó de mí. Me dice que es igual: yo, ellos. Resulta tan obvio: sólo él existe. Le digo que necesito de ella, que la deseo. Me pregunta si no tengo miedo: se ha mostrado ante mí de cuerpo entero, tan imperfecta como es ella misma, tan perfecta como ella es en él. Hojeo el cuaderno de notas. Todo lo que he escrito se debe a ella. Le digo que todo ha quedado ahí y que por tanto puedo olvidarla. Sólo deseo saber si ha estado con él, si él ha estado con ella. Me dice: naturalmente. ¿Dónde se fue él? El recién llegado también vaga por las calles. "Quiere saber qué significa haberme encontrado nuevamente. Yo lo sé, él lo sabrá. Anda pensando si este regreso es la realidad, si al encontrarnos se cierra el destino para los dos o si debemos huir de un momento que resulta el engaño particular de dos seres increíblemente perfectos." Entonces ella se levanta, me coge la mano y me lleva a su cuarto. Es mediodía. Los rayos del sol caen a plomo sobre el muelle, sobre el asfalto de la calle. Subimos lentamente por la escalera oscura. En el cuarto nos tendemos sobre la cama sin decir nada, sin hacer nada. Me ha contagiado de su extraña enfermedad.

X. En el cuerpo de una mujer nos movemos como en una calle sin nombre. Allí queremos saber de nosotros mismos. Pero el cuerpo de una mujer es tan hermético y complejo como uno mismo. Cuántas vidas se hallan inmersas en ese transcurrir de agua y sangre y tiempo.

Y. Reducido el trayecto, nos hemos comido el tiempo. Caen la tarde, la noche. Nos hemos desnudado. Ella me ha dicho su nombre varias veces. Yo no he querido escucharlo. Me conformo con sentirla cerca de mí.

Z. Apareció en la puerta sin la violencia que yo había previsto. Se acercó lentamente a nosotros. Su mirada era la de ella: un reino sumergido, un secreto intachable, un acto antiguo del que nadie sabe su naturaleza. Entonces sacó el arma y la apuñaló varias veces, sin pestañear. Después se sentó junto a ella y comenzó a besar su cuerpo, tranquilamente, como si hubiera sabido de antemano que aquello significaba la recuperación de la armonía, con todos sus elementos reunidos ahora en un cuerpo bellissimo, inmóvil, que lo miraba fijamente, como siempre lo había mirado. Por esas heridas sorbía toda una vida. Me vestí lentamente mientras él lloraba.